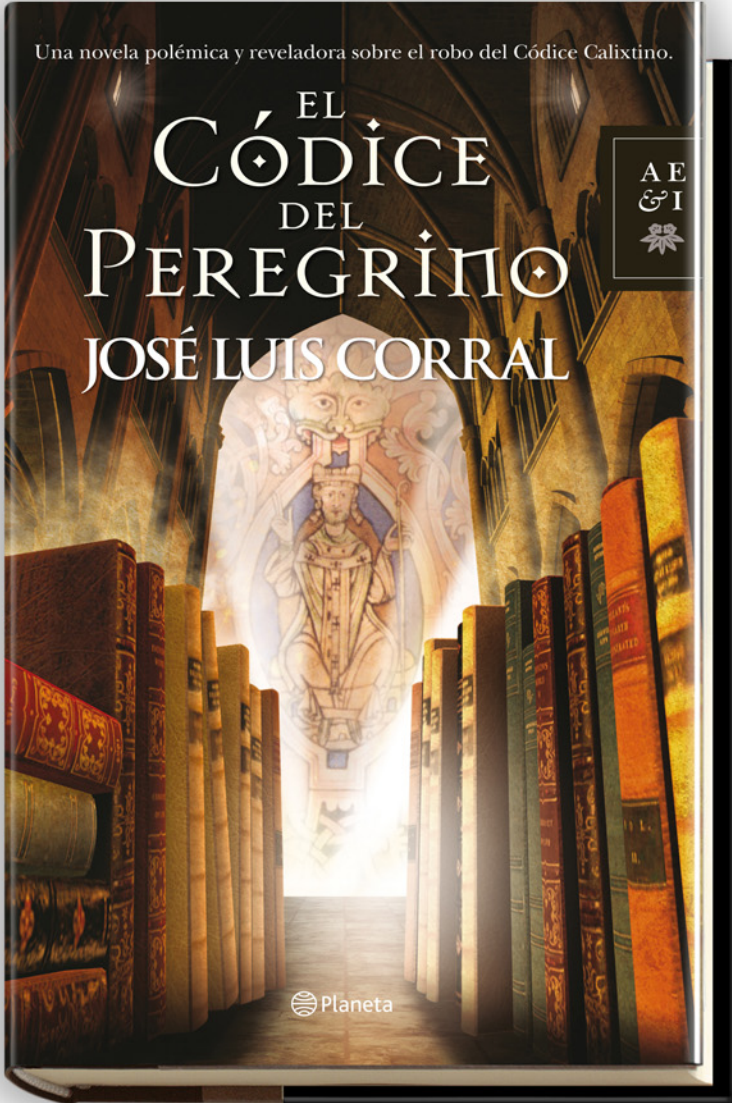


Fragmento

El Códice del Peregrino

José Luis Corral



Una novela polémica y reveladora
sobre el robo del Códice Calixtino.

José Luis Corral



El Códice del Peregrino

PARTE I

LOS SIETE SELLOS

PRIMER SELLO

UN CABALLO BLANCO MONTADO POR UN JINETE CORONADO ARMADO CON UN ARCO: EL HAMBRE

El teléfono móvil de Diego sonó tres veces. La pantalla luminosa mostró la referencia de una llamada no identificada, pero el argentino supo que se trataba de su cliente en París.

—Está decidido. Los espero pasado mañana en mi casa. Ya conocen la dirección.

—Allí estaremos.

Eso fue todo.

—¿Era él? —le preguntó Patricia.

—Sí. El jueves nos espera en París.

Desde las ventanas de su casa en las afueras de Ginebra, Patricia y Diego podían ver el lago Lemán, cuyas aguas reflejaban el azul del cielo en aquel claro día de primavera.

—Ese hombre me produce intranquilidad —comentó Patricia mientras apuraba el último sorbo de su taza de mate.

—Pero es muy rico y paga una fortuna por cada «trabajo» —repuso Diego.

Patricia Veri y Diego Martínez eran pareja desde hacía algo más de siete años. Nacidos en Buenos Aires, ambos habían estudiado historia del arte en la principal universidad argentina. Diego había trabajado durante algún tiempo en una casa de subastas de obras de arte y antigüedades como perito de autenticación y de tasación, y Patricia lo había hecho en una galería de la avenida del Libertador.

Una mañana de febrero de 2004, Diego había recibido a un extraño personaje, un ciudadano argentino de origen sirio que portaba en un maletín una carpeta con un manuscrito sobre pergamino escrito en griego. Diego miró desconfiado a aquel tipo, que le ofreció revisar el manuscrito y le demandó su opinión profesional.

Enseguida comprobó que se trataba de un texto ilustrado en época bizantina, probablemente del siglo XII, con magníficas escenas de batallas pintadas por un miniaturista de gran calidad.

—¿Una crónica sobre las guerras de frontera entre bizantinos y árabes? —supuso Diego a la vista del manuscrito.

—En efecto; un ejemplar del *Digenis Akritas*, el poema épico griego escrito en el siglo XII donde se narran las batallas legendarias libradas entre bizantinos y musulmanes en la frontera del alto Éufrates en los siglos X y XI. ¿Cuál cree usted que sería su precio en una subasta?

—Existen varios ejemplares similares de esta obra; si no recuerdo mal hay algunos en Madrid, París y Nueva York.

—Éste es el más completo y el mejor ilustrado de cuantos se conocen.

—En ese caso, unos cuatrocientos mil dólares, quizá hasta medio millón si hay alguna biblioteca de alguna universidad norteamericana o japonesa interesada, o tal vez la Institución Smithsonian de Washington. Pero si no se conoce su procedencia y no se puede demostrar que su propiedad es legítima, su venta se me antoja imposible.

—Le seré franco; se trata de un ejemplar procedente de los fondos de una conocida biblioteca.

—¿Un robo? En ese caso no puede salir al mercado legal. Lo siento pero no tiene venta posible; la policía de cualquier país lo inmovilizaría de inmediato y lo requisaría, y usted tendría un grave problema.

—Digamos que es parte del botín de guerra. Los vencedores siempre se han llevado su tajada; usted lo sabe bien. No le estoy pidiendo que lo valore para que salga en subasta pública en una puja legal. Ya me entiende.

—¿Qué pretende?

—Su asesoramiento como experto y su colaboración para venderlo; usted trabaja en subastas de antigüedades y conoce a muchos compradores.

—Eso es imposible. El gobierno argentino controla cada una de las subastas. Cada obra de arte es examinada por funcionarios del Ministerio de Cultura y se realiza un completo estudio sobre su procedencia y legalidad antes de autorizar su venta. Según me comenta, este manuscrito procede de un saqueo y supongo que ha sido robado antes de llegar a su poder; no hay manera de colocarlo en ninguna subasta pública.

—No pretendo que se venda con toda la prensa de Buenos Aires delante. Sé que existen otros canales..., digamos, más discretos.

—Lo siento; en esta casa sólo se trabaja con piezas cuya procedencia y propiedad sea absolutamente legal. No se admiten obras robadas o que no tengan todos los papeles en regla. Y le advierto que nuestra obligación es denunciar a la policía todas las irregularidades que observemos.

—Este manuscrito está «limpio». Carece de certificado de origen, pero eso se puede solucionar.

—¿De dónde procede?

—De la antigua biblioteca de Sarajevo. Oficialmente este ejemplar es uno de los que ardieron entre las llamas que la consumieron durante la guerra de Bosnia, de modo que, a todos los efectos, ha desaparecido para siempre.

—¿No está fichado en las listas internacionales de obras de arte robadas de que dispone la policía?

—Puede usted comprobarlo. Le aseguro que está «limpio». Si se encarga de buscar un comprador, el diez por ciento del precio de la transacción será para usted. Eso supone entre cuarenta y cincuenta mil dólares libres de impuestos. ¿Su sueldo de uno y medio, tal vez dos años? Y sin ningún riesgo. Su tarea se limitará a buscar un comprador y a autenticar el manuscrito. Piénselo.

Aquél fue su primer trabajo, durante el cual conoció a Patricia. Diego le ofreció la posibilidad de colaborar juntos en el tráfico ilegal de obras de arte. No necesitó esforzarse demasiado para convencerla: Patricia estaba harta de que la dueña de la galería en la que trabajaba se hiciera rica a costa de su esfuerzo y sus conocimientos, y de no recibir sino unas migajas del enorme pastel que se repartía en las operaciones de compra y venta de arte. Por delante de sus narices se movía mucha plata y ella sólo cobraba un magro sueldo que apenas le llegaba para mantener una vida monótona y austera en un pequeño apartamento en un barrio residencial de Buenos Aires.

Al principio, Patricia procuró convencerse de que el negocio en el que se había asociado con Diego no era tan perverso, y se repitió que su nueva dedicación era mucho menos delictiva que la que ejercían la mayoría de los políticos y empresarios del país; pero tras un par de operaciones se dio cuenta de que no había nada bueno en lo que estaba haciendo.

La estricta relación profesional que entablaron los primeros meses no tardó en convertirse en algo más íntimo. Salieron juntos durante varias semanas, hicieron el amor y acabaron viviendo en el mismo apartamento en la avenida Corrientes, un pequeño lujo que podían pagarse gracias a los ingresos extra que sus actividades ilícitas les proporcionaban.

En un par de años se convirtieron en especialistas en el tráfico ilegal de obras de arte. Hacían el trabajo de guante blanco: se dedicaban a buscar clientes dispuestos a adquirir piezas robadas en museos y archivos o expoliadas en yacimientos arqueológicos, a poner en contacto a vendedores y compradores, a tasar esas mismas obras, a certificar que eran originales y a ejercer de intermediarios entre ladrones y traficantes, compradores y coleccionistas.

En el mercado clandestino internacional se movían buenas piezas. La descomposición de la Unión Soviética había provocado el expolio de algunos fondos mal catalogados, o sencillamente sin catalogar, del Museo del Hermitage de la ciudad de Leningrado, de nuevo rebautizada como San Petersburgo, y de museos locales de las exrepúblicas soviéticas de Asia Central. La guerra de los Balcanes había supuesto el final de la antigua Yugoslavia como Estado y su división en varias repúblicas, pero el expolio de sus museos y bibliotecas había proporcionado a los traficantes valiosas obras, sobre todo manuscritos medievales y pinturas de los siglos XVI y XVII; el incendio de la gran biblioteca de Sarajevo durante esa guerra había destruido muchos manuscritos, pero otros tantos habían ido a parar al mercado negro y ahora enriquecían colecciones particulares por todo el mundo. La guerra de Irak había supuesto el saqueo de museos en ese país y el expolio de los riquísimos fondos de éstos. En América Central y del Sur las excavaciones clandestinas proporcionaban frecuentes hallazgos de materiales arqueológicos que tenían un buen mercado en Estados Unidos y Europa. Italia seguía siendo un pequeño paraíso para el tráfico ilegal de obras de arte; cada semana desaparecían varias piezas de sus miles de iglesias y ermitas. En algunos países de la Europa del Este continuaba el expolio de piezas de museos y de colecciones particulares. Y

en las costas de Grecia, de Turquía, de España y de Estados Unidos empresas camufladas bajo diversas actividades se dedicaban a rastrear los miles de pecios procedentes de naufragios de embarcaciones, en los que solían abundar valiosos hallazgos, desde cerámicas griegas y romanas hasta monedas y vajillas españolas, portuguesas, inglesas y holandesas de los siglos XVII y XVIII.

A pesar de las medidas de seguridad y de las investigaciones policiales, el mercado negro de arte y de antigüedades movía varios centenares de millones de dólares cada año, y las comisiones que se repartían alcanzaban cifras realmente suculentas.

Diego Martínez y Patricia Veri comenzaron a ganar mucho dinero como intermediarios en el tráfico clandestino de obras artísticas y de antigüedades. Llegó un momento en que Argentina se les quedó pequeña para su floreciente negocio, por lo que tuvieron que colocar sus ganancias y blanquear el dinero negro que ingresaban en paraísos fiscales y países con sistemas bancarios opacos. De modo que no lo pensaron demasiado y a finales de 2006 decidieron abandonar Buenos Aires e instalarse en Ginebra, en una casita a orillas del lago Lemán adquirida a nombre de una sociedad que crearon en un paraíso fiscal de una isla del Caribe. Suiza les ofrecía un magnífico refugio para sus ingresos: en los bancos de Ginebra nadie preguntaba sobre el origen del dinero ingresado en sus cuentas y resultaba una céntrica base de operaciones para sus trabajos en Europa.

Aquel jueves de primavera la pareja argentina se trasladó a París. No era cuestión de tratar un encargo tan importante por teléfono. Conocían a su cliente por un par de trabajos anteriores, en los que le habían autenticado y tasado

unos manuscritos en papiro procedentes de Egipto y de una biblioteca privada de Estambul.

Tras desembarcar en la terminal del aeropuerto Charles de Gaulle tomaron un taxi y le indicaron al conductor una dirección de la isla de San Luis, en medio del río Sena, una zona residencial exclusiva habitada por políticos, escritores y burgueses enamorados del corazón de París. La vivienda de su cliente estaba ubicada en el extremo este de la isla, frente al puente de Sully. Ocupaba la última planta de un edificio de cuatro alturas desde cuyos ventanales, como si se tratara de la proa de una nave que estuviera surcando su corriente aguas arriba, podía contemplarse el curso del río Sena.

Jacques Roman, que era el nombre del cliente, o al menos el que utilizaba con ellos, parecía un tipo peculiar. Alto y fornido, tenía unos sesenta años, aunque su forma física y su cuidada anatomía le conferían un aspecto más jovial.

—Bienvenidos a mi casa. ¿Han tenido un buen vuelo?

—Muy cómodo, señor Roman, gracias —le respondió Diego, en tanto Patricia asentía con un gesto de su cabeza.

—Siéntense, por favor. Están preparando el almuerzo: crema gratinada de zanahorias y *tournedó rossini*; por supuesto, quedan ustedes invitados. ¿Un martini?

—Muy amable —dijo Patricia.

—¿Conocen España? —preguntó Roman mientras llamaba al servicio.

—Sí.

—¿Y Galicia?

—No. Sólo hemos estado en Madrid, Barcelona, Toledo, Granada y Marbella, donde realizamos varios negocios.

—La Alhambra, claro.

—Un verdadero sueño fabricado de piedra, yeso y madera —apostilló Patricia.

—El trabajo que quiero encargables ha de hacerse en España.

—Alguna talla románica o gótica, o algún cuadro de un retablo, o quizá alguna pieza arqueológica exhumada por excavadores clandestinos, supongo. Por lo que veo —Diego miró a su alrededor y observó diversas tallas, cuadros y esmaltes de temática religiosa—, es usted un buen coleccionista de arte sacro. Ésas son las piezas de las que suele abastecerse el mercado negro de antigüedades español. Aunque cada vez en menor cantidad, pues el control sobre este tipo de obras ha mejorado mucho en los últimos años en ese país.

—Este trabajo ha de hacerse en Galicia.

En ese momento el criado llamó a la puerta.

—Adelante —ordenó Jacques Roman—. Tres martinis con hielo, por favor.

El sirviente inclinó ligeramente la cabeza y salió del salón.

—¿Qué ocurre en Galicia? —demandó Diego.

—Este año se conmemora el octavo centenario de la consagración de la catedral de Santiago de Compostela. Hay programados numerosos actos: encuentros literarios, seminarios, cursos, exposiciones...

—Dejémonos de dilaciones. ¿Qué quiere de nosotros? —intervino Patricia.

—Que me consigan un códice.

—¿De Santiago?

—Del archivo de su catedral. El Códice Calixtino. Lo ordenó copiar Diego Gelmírez, obispo de Santiago de Compostela entre 1100 y 1139, aunque se incluyeron añadidos posteriores al mandato de este obispo. Se trata de la copia más preciada de un conjunto de relatos conocido como el *Liber Sancti Iacobi*, en el que intervinieron al menos

tres, quizá cuatro, manos diferentes. Esa copia fue llamada *Codex Calixtinus* debido a que los dos primeros folios contienen una carta, tal vez apócrifa, que el papa Calixto II, presunto impulsor del *Liber*, habría enviado a Diego Gelmírez ratificando la importancia de Compostela como lugar donde reposaban los restos del apóstol Santiago. Desde el siglo XII el *Codex* se conserva en el archivo de la catedral compostelana. Consta de veintisiete cuadernos, que han sido alterados en varias ocasiones. Le faltan los folios 1 y 220, que se supone que estarían en blanco. Se encuadró a fines del siglo XII en cuero repujado con dibujos de rombos. Fue muy consultado durante la Edad Media, hasta que en 1609 su composición original se alteró y cayó en el olvido. A finales del siglo XIX fue redescubierto y desde entonces ha sido estudiado por numerosos expertos en historia, arte y música sacra medieval. Fue restaurado en 1966 para devolverle el aspecto y composición que presentaba en el siglo XII. Imagino que lo conocen, ustedes son historiadores del arte.

—Sí, claro.

—Quiero que lo consigan para mí.

—Aguarde un momento, señor Roman: nosotros no somos ladrones —dijo Patricia—; nos limitamos a actuar como intermediarios entre los ladrones y los coleccionistas, a certificar la autenticidad de las piezas, a estimar su precio de mercado y a coordinar la transacción del modo más discreto posible.

El criado volvió a llamar y entró con una bandeja con los tres martinis.

—Gracias, Paul.

El sirviente se retiró con discreción.

—No podemos hacerlo; no somos especialistas en robos de semejante calado.

—¿Ni siquiera por un millón de euros? —Jacques Roman dio un sorbo a su martini.

—Eso es mucho dinero.

—Quiero ese Códice y estoy dispuesto a pagar esa cantidad por él.

—Es muy conocido y está catalogado. No podrá venderlo...

—Creo que no me han entendido. No tengo intención de venderlo; lo deseo para mí.

—Ha dicho que ese Códice se custodia en el archivo de la catedral.

—En una sala de seguridad con una puerta blindada.

—Lo siento. —Diego miró a Patricia, que lo apoyó con la mirada—. No podemos hacer ese trabajo. No hemos hecho nunca nada parecido. Conocemos cómo se hace, porque algunos de nuestros suministradores nos han explicado su *modus operandi*, pero carecemos de ese tipo de experiencia. La policía nos atraparía enseguida. Ni siquiera sabríamos cómo entrar en ese edificio.

—Dispongo de un contacto en el archivo —dijo Roman—. Él les facilitará el acceso.

—¿Por qué nos encarga esto a nosotros?

—Quedé muy contento con nuestras anteriores colaboraciones, y sé de su experiencia en este tipo de negocios, de su habilidad para pasar inadvertidos y para lograr que lo que pasa por sus manos se volatilice sin dejar huella alguna. De todos los que se dedican al mercado negro de antigüedades, ustedes son los únicos que jamás han sido investigados por la policía de ningún país. No están fichados en ninguna parte y no figuran entre los vigilados por la Interpol.

—Nuestros anteriores trabajos con usted sí eran nuestra especialidad: autenticar y tasar el valor los manuscritos de Nag Hammadi, o ese otro de Estambul, y buscar com-

pradores potenciales; nada más. Pero esto que ahora nos plantea es bien distinto a lo que nos dedicamos habitualmente.

Unos campesinos egipcios habían encontrado, mientras trabajaban sus campos a orillas del Nilo, una tinaja de barro en cuyo interior se apretaban varios rollos de papiro. Esos manuscritos, procedentes de la localidad de Nag Hammadi, habían sido comercializados por un mercader de antigüedades de El Cairo. El hallazgo se había realizado hacía ya más de medio siglo y el conocimiento de aquellos textos había provocado una verdadera convulsión en la jerarquía de la Iglesia católica, pues aquellos papiros contenían nuevos Evangelios hasta entonces silenciados por la ortodoxia romana. En ellos se cuestionaban los asertos del dogma contenido en los llamados Evangelios canónicos, atribuidos a Mateo, Marcos, Lucas y Juan, los cuatro únicos que reconocía la Iglesia. Jacques Roman había comprado alguno de aquellos manuscritos, pues no todos los que se encontraron en 1945 fueron a parar al Museo Copto de El Cairo.

—Les he ofrecido un millón de euros; creo que es suficiente motivo para que acepten este encargo.

—¿Me permite una pregunta? —terció Patricia.

—Por supuesto, señorita.

—¿Qué tiene de especial ese manuscrito para que usted nos ofrezca semejante fortuna?

—¿Están dispuestos a guardar silencio con respecto a lo que les diga?

—Por supuesto, la discreción es nuestra garantía de éxito; sin ella nuestro negocio no funcionaría.

—Como saben, desde mediados del siglo XIX se han sucedido hallazgos y descubrimientos que han arrojado nuevas revelaciones sobre la vida y pasión de Jesucristo, y sobre

los orígenes y expansión del cristianismo. Desde que a mediados del siglo XIX se descubriera en un monasterio del Sinaí un códice con la versión más antigua conocida hasta ahora del Nuevo Testamento, la Iglesia no ha dejado de sobresaltarse cada vez que se han producido nuevos hallazgos que cuestionaban los textos canónicos aceptados desde que así los catalogó san Irineo a finales del siglo II y se ratificaron en varios concilios ecuménicos en el siglo IV, y por fin en el Concilio de Trento a mediados del XVI. A finales del siglo XIX se descubrieron los intrigantes Evangelios de Pedro y de María en un monasterio copto del Sinaí, en Egipto; en 1945 los textos de Nag Hammadi en una tinaja a orillas del Nilo y en 1947 los manuscritos de Qumrán en las cuevas que habitaron los esenios junto al mar Muerto. Más recientemente han ido apareciendo los Evangelios de Tomás, de Judas, de Felipe y del Salvador, y sé que habrá nuevos hallazgos en breve.

»En todos esos textos se demuestra que el cristianismo primitivo atravesó no pocas convulsiones, y que durante sus tres primeros siglos hubo comunidades cristianas que profesaron distintas visiones e incluso distintos credos y dogmas.

»La situación era tan confusa que los principales patriarcas de la Iglesia convocaron un gran concilio en la ciudad de Nicea, en el año 325, bajo la protección del emperador Constantino. La mayoría de los obispos cristianos había decidido acabar con semejante tropel de ideas, doctrinas, creencias y prácticas rituales tan contradictorias, pues se dieron cuenta de que arrastraban a la confusión a los cristianos. Para evitar que el cristianismo se dividiera en sectas y grupos incontrolables, lo que hubiera desencadenado su irremediable final, se acordó en Nicea un credo común y único para todos, siguiendo los postulados esenciales que dictara el apóstol san Pablo, cuya línea teológica y estratégi-

ca fue la que acabó triunfando en la Iglesia primitiva. Los que no acataron las resoluciones del Concilio de Nicea fueron condenados como herejes y perseguidos con saña, hasta la muerte si fuera preciso.

—¿Y qué tiene que ver el Códice Calixtino en todo esto? Creo que ese libro contiene una especie de guía de viajes para peregrinos a Compostela —dijo Diego.

—Aparentemente así es, pero hay mucho más.

—Sí: libros de liturgia, de música, alguna crónica medieval y la relación de los milagros de Santiago —añadió Patricia.

—Cuando digo algo más, me refiero a que hay algo más... oculto. —Jacques Roman hizo una pausa para dar un nuevo sorbo a su martini.

—¿Un secreto? Vamos, señor Roman, ¿no creerá usted en esos cuentos esotéricos sobre códigos secretos y misterios escondidos en las páginas de los manuscritos? Eso está bien para una novela de esas que se convierten en bestsellers y con las que se mata el tiempo en una aburrida tarde de lluvia o en las horas muertas en la playa, pero nada más —precisó Patricia.

—No se trata de ningún código secreto, ni de la existencia de una clave para encontrar el tesoro de los templarios, ni un manual para evitar el fin del mundo. Ese Códice contiene algo mucho más importante.

—Una revelación que cambiará la historia de la humanidad o su futuro, claro —ironizó Patricia.

—Entiendo su ironía, Patricia, pero permítame que se lo explique a su debido tiempo. ¿Harán ese trabajo para mí?

—Creo que antes de aceptarlo deberíamos conocer todas las condiciones.

—Y qué es lo que se oculta en ese Códice —añadió Patricia.

—Les repito que a su debido tiempo, amigos, todo a su debido tiempo. Un millón de euros es mi oferta única: ¿la aceptan? —Jacques se levantó y alargó su mano hacia la de Patricia.

—Si pudiera venderse en alguna de las galerías más importantes de Londres o de Nueva York, ese manuscrito alcanzaría en una subasta pública un valor en torno a los cinco millones de dólares, pero al tratarse de un robo no tiene venta posible.

—Hace unos años salió de Compostela para una exposición; el seguro lo tasó en seis millones de euros. —Roman retiró su mano ante la duda de los dos argentinos en aceptar la propuesta.

—Si el Códice no estuviera catalogado y careciera de propietario, la Biblioteca Beinecke de libros raros y manuscritos de la Universidad de Yale hubiera pagado por él por lo menos cuatro millones de dólares, casi tres millones de euros.

La argentina miró a su novio y le hizo un ademán con los hombros.

—Antes de darle una respuesta definitiva a su oferta, necesitaríamos saber quién es su contacto en Santiago y qué apoyo tendremos en esa ciudad. No podemos arriesgarnos...

—Se trata de alguien que tiene acceso directo a la sala de seguridad donde se guarda el Códice y que conoce a la perfección el lugar porque hace años que trabaja en la catedral. Aquí tienen un detallado informe con todos los datos. Compruébenlos. Tómense el tiempo que necesiten; entre tanto, yo haré algunas llamadas. Estaré en la sala de al lado, avísenme cuando se hayan decidido.

Jacques Roman les entregó una carpeta que contenía varios folios y salió del salón.

Los argentinos los revisaron uno a uno, se miraron y asintieron mutuamente.

—Según este plan esto es demasiado simple; lo podría hacer cualquiera —comentó Diego tras leer el informe.

—¿Crees que hay gato encerrado?

—Es probable, pero si nos ingresan medio millón de euros por adelantado podemos arriesgarnos. ¿Te parece?

—No lo tengo claro, pero, si tú deseas hacerlo, por mí adelante, aunque esto es nuevo para nosotros. Hace más de siete años que te conozco y que comparto mi vida contigo. Desde entonces estamos viviendo en el filo de una navaja. Tenemos plata, disfrutamos de ciertos placeres, podemos darnos numerosos caprichos, pero hemos renunciado a muchas cosas. Si aceptamos este tipo de trabajos me temo que renunciaremos a muchas más —dijo Patricia.

—Somos pareja; yo te quiero, Patricia, y no haré nada a lo que tú no estés dispuesta.

—Tú deseas que lo hagamos, ¿verdad? Te gusta mucho el dinero y aquí hay mucha plata que ganar.

—Insisto en que haré lo que tú decidas. Me importas mucho más que ese millón de euros.

Patricia se dirigió a la ventana y contempló el cielo nublado de París. Amaba a aquel hombre y había dejado todo por él: familia, amigos, trabajo. Había delinquido y se había convertido en una traficante de obras de arte porque lo amaba y quería compartir con él su vida. Y ya no había forma de echar marcha atrás.

—Lo haremos.

—¿Estás completamente segura?

—Lo haremos —reiteró Patricia.

Diego llamó a Roman, que regresó a la sala.

—Trato hecho —dijo Patricia, que ofreció, ahora sí, su mano a Roman, quien la estrechó y luego hizo lo propio con la de Diego.

—Medio millón ahora y el otro medio cuando le entreguemos el Códice. Puede ingresarlo en esta cuenta de ese banco de Ginebra. —Diego escribió el nombre del banco y una serie de números en una tarjeta que entregó a Jacques Roman.

—En un par de días dispondrán de la transferencia en su cuenta.

—En ese caso nos pondremos a trabajar de inmediato. ¿Podemos hablar con su contacto en Santiago?

—Sí, pero tendrá que ser en persona, quizá en Madrid. Comprenderán que no puede arriesgarse a cometer el mínimo error. Yo los citaré en un lugar de esa ciudad dentro de una semana y él les explicará los pasos a seguir para sacar el Códice del archivo. El resto es cosa suya. No es preciso decirles que eviten dar cualquier pista por teléfono. Cuando hablen de este asunto jamás deben mencionar los nombres de Galicia, de Santiago de Compostela o del Códice Calixtino. ¿Están de acuerdo?

—Conforme —asentó Patricia.

—¿Cómo se llama su contacto en Santiago? —preguntó Diego.

—Su nombre, para ustedes, será el Peregrino.

—¿Nada más?

—No es necesario ningún otro dato. Guarden esos documentos y pónganse a trabajar, la operación tendrá lugar el viernes 1 de julio.

—¿Por qué ese día?

—Porque el Peregrino se marcha ese mismo día de vacaciones.

Antes de despedirse, Jacques Roman les hizo un extraño comentario.

—Ya habrán escuchado las noticias: en Somalia se ha desencadenado una hambruna terrible. Eso significa que se

ha roto el primer sello. Si recuerdan el libro del Apocalipsis de san Juan, tras la ruptura del primer sello se liberará un caballo blanco montado por un jinete coronado y armado con un arco: es el hambre. Pues ya se está extendiendo por el mundo; el desenlace final ha comenzado.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —se inquietó Patricia.

—A su debido tiempo, señorita, todo a su debido tiempo.

Esa misma tarde Patricia y Diego regresaron a su casa frente al lago Lemán en Ginebra. Llovía. Al bajar del taxi que los condujo desde el aeropuerto olieron a hierba fresca y a tierra mojada, y se sintieron confortados.

Tomaron una taza de mate y un sándwich de queso y encendieron el ordenador. Tras unos segundos de espera teclearon en un buscador «Plano de Santiago de Compostela» y al instante el servidor de Internet les mostró varias direcciones. Abrieron una de ellas y en la pantalla apareció el mapa de la capital de Galicia. Imprimieron dos copias y luego buscaron un plano de la catedral. Lo encontraron en la página oficial del templo, uno de muy buena traza con las diferentes etapas constructivas marcadas en diversos colores. La leyenda estaba en gallego pero los argentinos la entendieron perfectamente. Imprimieron otras dos copias.

—Un templo románico perfecto —dijo Patricia—. Todavía lo recuerdo de la asignatura de arte medieval europeo. Esa iglesia era el destino de la ruta de peregrinaje más transitada por los cristianos en Europa durante la Edad Media.

—Su plano se copió del de San Saturnino de Toulouse: planta de cruz latina de tres naves con amplio crucero también de tres naves y girola simple. Trazado con la relación 1 a 2: la anchura de la nave central es el doble que las late-